

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LV

MADRID, 1 DE MAYO DE 1921

NÚM. 19.420



Ayuntamiento de Madrid

DILUCIDEMOS EL PUNTO

¿EVA O ADÁN?

CUANDO el nuevo Juan Crisóstomo—Vázquez de Mella, para que lo entienda el más profano en patrología— inició, con algunas consideraciones acerca de la moda un discurso que luego ascendió a las cimas filosóficas y sociales, pensaba yo que, bien examinado el punto, debiera reconocerse que la moda es algo tan propio de hombres como de mujeres, o acaso más; pero el auditorio parecía subrayar con sonrisas de aprobación los párrafos en que creía ver satirizada la frialdad femenina.

Si desde las cuevas prehistóricas encontramos testimonios de elegantes peinados, y descubrimos collares, fíbulas y ornamentos que hablan de la vanidad de la mujer, no parece seguro que el hombre primitivo no se engalanase con los mismos accesorios. Obsérvese que hay tres aspectos en los cuales el varón, muy especialmente, ha tenido que extremar el ornato de su cuerpo: el religioso, el guerrero, el autoritario. Los sacerdotes solían lucir tan refinados y exquisitos atavíos, como puede verse, v. g., en los relieves de Palemke y en la descripción que hace el Exodo de las vestiduras de Aaron, deslumbradoras, recargadas de orlas y listones y cubiertas de espléndidas y simbólicas pedrerías. De los monarcas asirios sabemos que fueron prototipo del proverbial «lujo asiático»; y de la elegancia de su guardia nos dan idea los magníficos arqueros de los azulejos babilónicos. Los guerreros de todas las naciones antiguas, de los pueblos más primitivos, han procurado siempre lucir galas y armas decorativas, y véase, en la *Iliada*, la descripción de las que para Aquiles hizo forjar su madre Tetis.

Los cronistas de América insisten en referir el adorno de combatientes y «jefes de hombres», los tejidos de plumas vistosas, las joyas artísticamente labradas, los collares de caracoles y cangrejos de oro, que no descansaban en hombros femeniles.

Una de las formas más extrañas de la moda ha ejercido casi exclusivo imperio sobre el varón. Me refiero al tatuaje, que tanta relación guarda con el arte. Las líneas de los tatuajes, en los pueblos donde se han practicado, responden a la ornamentación de la cerámica y aun a la de la arquitectura. Siendo el tatuaje operación que requiere valor y sufrimiento, lo practica poco la mujer. Algunos mao-ríes van lo que se llama vestidos con su misma piel, que parece una tela de complicado dibujo, donde una mano hábil trazó primores de simetría y de airoso diseño. Parece—en estas cosas de lueñas tierras no me decido nunca a afirmar—que hoy va desapareciendo el tatuaje en muchos pueblos que lo usaban; pero en comarcas civilizadas, de vez en cuando, reincide el hombre. Marineros y presidiarios se tatúan groseramente, y no pocos ingleses y algún gran señor español recurren a la maestría de los japoneses tatuadores, que les dibujan en el brazo el blasón de la estirpe, o un gallo de erizada pluma, o una serpiente enroscada con gracia. Y no son mujeres las que adoptan esta moda.

La mujer, por fin, se limita a variar la hechura de sus trajes, los colores y las telas; pero el hombre—lo reconoció Mella explícitamente—ha llevado las características de la moda a otro terreno, al intelectual, propagando y difundiendo

esas «modas de almas» de que hablaba el elocuentísimo tribuno, y cuya extensión y zona de difusión debieran maravillarnos. Sin salir del terreno intelectual, y sin llegar al extremo de discurrir sobre la suerte que correrían Kant y su sistema si el filósofo hubiese nacido en Carabanchel, asombrémonos de la dosis de moda que encontraremos en todo, y no sólo, como se ha pretendido erróneamente, en tal o cual escuela, en tal o cual autor. Y no será únicamente en lo literario, ni en lo intelectual: pensad en lo artístico; ved cómo clava la moda su garra fina en cuanto el artista piensa crear, no confesando que le arrastra una corriente incontrastable; y mientras supone que realiza su propia esencia, otros influjos le llevan hacia otras orillas. El salvaje que, en un horno y por medio de piedrecitas candentes, reduce al tamaño de una naranja la cabeza deshuesada de su enemigo, dejándole la aureola de la larga cabellera para que después le sirva de trofeo, sigue una moda cruel de su tribu; y el escritor que emplea determinado léxico, una retórica perteneciente a un momento especial, sigue una moda de su tiempo, imperiosa y vencedora. No puede, v. g., atribuirse a la casualidad, sino a la moda, el que todos los escritores

de fines del siglo XVIII, en Francia y aun en España, hablasen constantemente de sensibilidad y de virtud, encareciesen los encantos de la naturaleza y presentasen a los Iroqueses y Hurenes como tipos de virtud, de discernimiento y hasta de sabiduría sentenciosa. Más tarde, los poetas concidirán en renegar de la naturaleza, que, dice Vigny, «parece una madre y es una tumba»; y, como Leopardi, la tratarán de sorda y de impía, pues no se compadece de los males del hombre. A su hora, el romanticismo desarrollará otros temas, como el del amor desesperado de un Antony, o las exaltaciones de una Lelia; y quien advierta el aire de familia de tales tipos, experimentará sorpresa ante lo que acaso juzgue coincidencia casual, como si hubiese nada casual en el mundo.

Y el mismo aire de familia, reflejo de las normas de la moda, puede observarse en las figuras de los políticos, a quienes, aun sustentando opuestas teorías, unifica la necesidad de alterar las proporciones y la esencia de las cuestiones debatidas, la imposición de la retórica ocasional. Hasta aparece aire de familia en los santos, en los ascetas. Muy respetable y muy sana para una sociedad corrompida era la tendencia que pobló de anacoretas y de penitentes el yermo; y, sin embargo, algo de contagio de sentimientos comprobamos en ella. Todos hemos oído asegurar que Fulano, en otros siglos, «sería un santo», y «que nació tarde». Es decir, que, sin intencional intervención nuestra, sin que podamos forjarnos nuestro destino, lo que nos rodea

nos lo da hecho muchas veces. A esto contestará Mella—ferviente defensor del libre albedrío—que bien podemos echar por un camino o por otro. Y es clara verdad; y, sin embargo, no puede ocultarnos la poderosa influencia que crea las semejanzas típicas en las horas iguales.

No nos perdamos en las alturas: no se olvide que hablábamos de *modas*. Me limitaré a insinuar que el hombre ha sido, es y será tan esclavo de la moda como la mujer. Claro que, si nos reducimos a tratar del indumento, yo reconoceré que actualmente el hombre no parece consagrar atención a las modas, y deja el cuidado de vestirse suntuosa y caprichosamente a la mujer. Parece que, sobre todo en los Estados Unidos, de donde nos vienen leyes y asombros, el hombre se limita a ganar dinero, para que la mujer lo gaste galanamente. Con todo eso, reparemos que el hombre es más intransigente con la ropa anticuada que la mujer misma; que en los pormenores insignificantes de su traje, solapas, trencillas, y en las prendas de su uso, está siempre pendiente de ese «último grito» nunca acabado de lanzar; que las petacas, carteras, bastones, corbatas, camisas y guantes varían mucho, que los pijamas son de seda, y los pañuelos «decentes» cuestan un sentido; que el calzado es artículo de gran lujo; que alfileres de corbata, gemelos, relojes, se quedan antiguos prontamente; que las cabezas chorrean brillantina y que se perfuman los varones—hasta los más graves!—Y claro es que la moda también se les impone con irresistible dominio en el arreglo de sus «garzoneras» y hasta en la elección del perrito de raza, predilecto, que ha de ser feo como el pecado, y áspero como una zalea, para ser digno de la Exposición canina.

¡Qué palabra tan extensa y tan intensa, esta de *moda*! La moda está en todas partes, lo impregna todo. ¡Ojalá se redujera a los «cuatro pingos» femeniles! Va mucho más lejos, por cierto, su sentido. Y siempre que la piqueta remueve la tierra y salen objetos que yacían ocultos, envueltos en humedad secular, lo que encontramos son trozos de moda, la moda de edades desvanecidas no sé si para siempre, y que miramos con extrañeza los que, mil y pico de años hace, hubiésemos marchado por el mismo surco de que nos dan testimonio los Museos, donde todo lo expuesto ha sido *moda*, desde el retrato de dama con tontillo hasta el del paladín con nielada armadura milanesa. En París; en el Cluny, el hecho resalta metiéndose por los ojos, en las cristalerías que guardan calzado, objetos de tocador de la Edad Media.

Al correr de los años, lo que nació moda se vuelve historia y ciencia. ¿La ha creado exclusivamente la mujer? Es preciso negarlo. La moda, no sólo es preocupación constante del hombre, sino que también es obra del hombre, al menos en su mayor parte. Navegantes que trajeron a las damas romanas las gasas de aire tejido y las sedas de países lejanos; perfumistas que destilaron y vendieron los aromas que empapaban sus cuerpos; joyeros que engastaron las perlas y buzos que bajaron al hondón del mar indico para arrancárselas, hombres eran; y hombres los que trabajaron el marfil y el nácar de los abanicos y suavizaron con ámbaros grises la piel de los guantes. Hay que admitir que la moda, directa e indirectamente, es achaque de hombres. Lo cual no impedirá que los hombres, si se charla de modas delante de ellos, digan con aire desdenoso y afectando cierta rudeza: «Yo no entiendo de esas cosas».

La condesa de PARDO BAZAN

SERENIDAD

Tras cruzar del dolor el oleaje,
ya tengo el alma más ágil y suelta.
El ciervo goza más entre el bosque
cuando logró escapar de la revuelta.
¡Juventud, juventud!... Como los magos
del Faraón, domé yo mis serpientes,
e hice en mi corazón dormidos lagos
de los que en mi áurea edad fueron torrentes.
Del Prometeo anestesié la herida
y di la paz a mi interior morada;
y toda rebelión fué reprimida
y toda negra nube fué ahuyentada.
Ya el rumor de mis mares no se siente.
La voz que los turbó los ha callado.
Ya puedo navegar más felizmente,
como Zenón, después que he naufragado.
La plegaria no hará más corto el día;
ni han de ahuyentarse del dolor las hienas
renegando de Dios, como Atalía,
ni odiando al mundo, cual Timón de Atenas.
Para ir contra el dolor—férreo caudillo—
me ceñí una coraza: el pensamiento.
La reflexión me edificó un castillo
en donde encarcelé todo aspaviento.
Cuando una mano llama en mi vivienda,
me digo: «Viene el mal», y abro al instante.
«¡Contra el monstruo te aguarda otra contienda—
pienso—, alma mía; vamos adelante!
Ya sé que el sufrimiento es lo seguro,
y mi ánimo dispuse sólo al mal.
Lo que se espera es siempre menos duro...
En dolor, la sorpresa es lo fatal.
Así, si el bien a verme llega un día,
gozo mejor del don que me ha traído,
porque es doble alegría la alegría
del que halla lo que dió ya por perdido.
Con la meditación, que el mal refrena,
reprimí de temores todo amago.
Y así logré mirar mi alma serena,
como una clara estrella sobre un lago...

Miguel de CASTRO

El buen humor de Sebastián Miranda

De todos los hombres hechos a imagen y semejanza del Supremo Hacedor, el primero que echó de ver tal semejanza, o, por mejor decir, que la sintió en el propio ánimo, fué, sin duda, un escultor. Humildemente, con sumisa reverencia humana a la divina ley, se complació aquel primer artista en repetir en barro inanimado los naturales contornos asignados por Dios a los hijos de Adán en su apariencia corpórea. Y de este modo alababa voluntariamente al Creador de todo lo creado, esforzándose cada día en perfeccionar la imitación de la Obra del Padre.

Y el Padre se sintió glorificado en la obra del hombre y permitió que trascendiera a la copia, ya que no el calor vital en que se enciende el humano espíritu, cuando menos la expresión culminante de un estado de alma en que a veces se cifran los continuados movimientos cuya variedad constituye la vida misma.

Hasta que un mal día osó el escultor desafiar la omnipotencia celestial, con impotente mandato al fingido sér por sus manos plasmado. —¡Habla!— exclamó, contemplándose orgulloso en la estatua que acababa de cancelar.

Y Dios, en castigo de su soberbia, le condenó a perpetua esterilidad en sus descendientes espirituales. Y desde entonces, todos los escultores estigmatizados por el torpe afán miguelangelesco,

llenan plazas y cementerios de monumentos horrendos cuanto grandes.

Contra pecado tan capital, sólo cabe la primera de las virtudes. Y por ello, quie-

medio de símbolos, abstracciones ni alegorías inspiradas en la literatura, sino simplemente entendiendo vicio y virtud, no como tales categorías puramente morales, mas como un pecado contra la perfección corporal, o como exaltación de la gracia peculiar de un tipo característico en que se cumplen las normas de la Belleza.

De esa conformidad con la voluntad sobrenatural se origina el *buen humor* de la pequeña obra maestra. Buen humor, cuya condición esencial es la pequeñez, que reduciendo la proporción de la figura humana a la susceptible de ser considerada en la mano, suscita cierta simpatía que pudiéramos llamar cotidiana, exenta de toda esa solemnidad con que se nos imponen las grandes obras sepulcrales en catedrales y museos, friamente parodiada en los in-



ción familiar nos redimiera de la obligada asistencia a las grandes oficinas del Arte, con mayúscula.

Hallar en el derrumbado garbo de una gitana, en la sibilina compostura de una vieja cañí, en la arrebuñada cavilación o el plantado desgaire de una mujer del pueblo las señales inconfundibles de la raza, cuyos tipos de tan castizos trascienden a veces e insospechadas generalizaciones—la madrileña del abanico que se asemeja a una musmé—, revelar en el retrato del personaje popular, del tipo callejero, el detalle caricaturesco que define su carácter, con sólo agravar y reducir al absurdo los elementos naturales que su figura ofrece a la consideración del observador vulgar; revolver sin duelo en la cienaga social y obtener una armonía purificadora del espectáculo de las más frecuentes depravaciones; es obra de sutil, de profundo, de moralísimo *buen humor* en que se templan las arideces de la visión normal.

Tal es la amena lección de vida que Sebastián Miranda, satírico escultor de almas, ofrece con original criterio y salvadora intención a cuantos brean que el arte no es un rito oculto, ni menos una constante oposición a la medalla o al sillón académico, sino capacidad de adaptación de los conceptos plásticos universales a la pequeña realidad diaria.

La obra de Sebastián Miranda apenas si es conocida aún de un grupo de artistas y buenos aficionados que han ido a buscarlas al estudio del escultor. Pronto, sin embargo, el público ajeno a las camarillas en que se cuecen las famas de un día tendrá ocasión de ver una Exposición de esas figurillas cuya liviana sobriedad esconde un propósito noble, con pretender su autor salvar la barrera absurda entre la obra artística y su contemplador, inventada por quienes quieren hacer del arte una cábala asequible tan sólo a ciertos iniciados.

C. RIVAS CHERIF



nes la ejercitan con sincero amor a su arte, hallan la gracia divina cuanto más procuran copiar la humana. Dios les confiere el preciso don de la alegría, cuyo contagio sana a los hombres de tantas malas pasiones como les acucian.

Dos maneras hay de acatar religiosamente esa obligada jerarquía: ya destacando en el retrato de las criaturas aquellos rasgos y líneas que caracterizan en la persona viva el deseo de acercarse a la perfección corporal estatuida por Dios en la Eva paradisiaca, o bien con mostrar las monstruosidades en que se pervierte el canon escultórico de la especie, moralizando a costa del reo físico de lesa naturaleza.

Es decir, mostrando ora gentes yesos de las Exposiciones oficiales; antes bien, que nos solicita con intimidad de hogar, como si su contempla-

LAS MUSAS UNIVERSALES

LA SIEMBRA AL OSCURECER

— De Víctor Hugo —

Es el momento del crepúsculo.
Admiro, en un portal sentado,
la claridad vaga que alumbra
la última hora del trabajo.

Con emoción veo en las sombras
de la llanura los harapos
de un pobre viejo que en la tierra
la mies futura echa a puñados.

Su alto perfil negro domina
los hondos surcos del arado,
y se adivina su fe ciega
en la eficacia de su acto.

Marcha a través del llano inmenso,
y a un lado y otro arroja el grano;
vuelve a empezar, y yo prosigo,
testigo oscuro, meditando,
mientras la noche, dulcemente,
al desplegar su denso manto,
parece alzar a las estrellas
la frente augusta del anciano.

SOL PONIENTE

— De Víctor Hugo —

Sobre unas alas, en las nubes,
¡dejadme huir! ¡dejadme huir!
Lejos del cielo que ignoramos,
esta ansiedad no encuentra fin.
¡Dejadme huir hacia otros mundos!
Me cansa ya luchar así,
buscando un faro, una palabra,
¡tanto soñar, dudar, sufrir!
La voz que escucho aquí en la tierra
se ha de escuchar mejor allí.
¡Volar con alas o con velas!
Abrir los ojos a otra luz,
para admirar los otros astros
y la inflamada Cruz del Sur.
Quizá la clave del misterio
de la celeste infinitud
se encuentre en ese mundo incógnito,
y entre los brazos de esa Cruz
lean los hijos de la lira
más fácilmente en el azul.

SONETO A VÍCTOR HUGO

— De Alfredo de Musset —

En este bajo mundo hay que amar muchas cosas
para que el alma sepa la más amada luego:
los bombones, el mar, el cielo azul, el juego,
la mujer, los caballos, el laurel y las rosas.

Hay que aplastar, naciendo, las flores más hermosas,
y hay mucho que llorar, hasta que cesa el fuego
del corazón, y el frío de su invernal sosiego
de su vejez le explica las causas misteriosas.

De los fugaces bienes de que a medias gozamos
es un antiguo amigo lo mejor que encontramos.
Alguna vez reñimos...—Que el azar nos reúna;
se acerca uno y sonrío, busca la mano hermana,
y, volviendo al pasado, bendice a la fortuna,
porque el alma no muere y el ayer es mañana...

VIEJA ESPADA

— De Ana Osmont —

«Soy de Uno». El estoque conserva la divisa
que Julián del Rey en la hoja pusiera.
Murió el dueño. Aun no ha habido quien osado oprimiera
el pomo en que un dios ríe con figura imprecisa.

«Soy de Uno». Un destello brutal cae y lo irisa,
resucitando el brillo de su vida guerrera.
Y la hoja se anima y parece que espera
una mano a quien pueda entregarse sumisa.

Sola y viuda, sufriendo el dolor de mi casa,
languidecer me mira cada estación que pasa,
con la vieja reliquia de un hazañoso ensueño.

Ruín mano, ¡oh mi espada!, no sabría llevarte.
Igual a mí en la vida, conmigo han de enterrarte.

«¡Soy de Uno!» ¡Mi gracia sólo fué para un dueño!

TRISTEZAS DE LAS COSAS

— De Henri Cozalis —

La piedra está triste, pensando en la encina
que potente brota con libre expansión,
y que en la montaña, viendo la llanura,
se estremece y ríe del aire al rumor.

La encina está triste, pensando en el ciervo
que la umbría selva recorre veloz,
en el ágil ciervo que se yergue altivo
y que reta al cielo con su frágil voz.

El ciervo está triste, pensando en el águila
que con raudas alas se remonta al sol,
bebiendo sus fuegos a plenas pupilas...
Y el hombre está triste, porque piensa en Dios.

SONETO DE LA ROSA

— De Pedro de Ronsard —

Como vemos en mayo en la rama la rosa,
en su más bella edad, en su primera flor,
causar celos al cielo con su vivo color,
cuando en su luz la envuelve el alba esplendorosa,

y en sus hojas la gracia con el amor reposa,
llenando los jardines de suavísimo olor;
mas cediendo a la lluvia o al excesivo ardor,
se desvanece lánguida su existencia preciosa,

así en tu primitiva y joven novedad,
cuando el mundo y el cielo honraban tu beldad,
la Parca te ha segado y en la tumba reposas.

Por exequias recibe mi llanto y mis dolores,
este vaso de leche y este cesto de flores,
para que vivo y muerto tu cuerpo sea de rosas...

Miguel ROMERO MARTINEZ

Traduxit

¿QUIÉN FUÉ EL MÁS FUERTE?

ERASE que se era un indio bravo, de lo más bravo y lo más indio. Erase que se era un indio bravo, que se llamaba Ray-Pay, y que era, además, el guerrero más temible, valiente y poderoso de la tierra. Ray-Pay había ido a la guerra ciento veinte veces:



ciento veinte veces había vuelto vencedor. Uno a uno fué derrotando, al frente de los suyos, a todos los pueblos vecinos. A todos los retó, a todos los venció Ray-Pay, uno tras otro.

¡Qué guerrero valiente y terrible, feroz y poderoso aquél Ray-Pay, indio de los más indios y vencedor en cien combates!

Tenía la piel color de cobre, la nariz como el pico de un águila; fuerte de pecho, musculoso el torso, las piernas enjutas, de acero; los dientes, blancos, prietos, y los ojos negros, duros: buenos y duros a la vez.

Siempre la cabeza un poco atrás, como para echarse el arco a la cara. Llevaba siempre la cabeza hacia atrás porque miraba siempre a lo lejos, para divisar al enemigo y porque era orgulloso. Tenía la altivez de sus ciento veinte victorias.

Iba desnudo Ray-Pay; llevaba únicamente a la cintura una telilla de indiana, a franjas azules, rojas, negras; llevaba en la cabeza, partiéndole de la frente y de las sienes, unas plumas de condor, leonadas y negras. Todos los hombres rojos le temían, y en todas partes de la tierra se conocía el nombre de Ray-Pay, el caudillo.

Cuando Ray-Pay sometió a los quince pueblos que amenazaban a su pueblo, y supo matar a las fieras de la selva, y montar en plena carrera a los potros salvajes y desnudos, exclamó:

—¡Esa es mi obra!... ¿Quién hay en el mundo que no haya sido vencido por mi brazo? Nadie. ¿Dónde está el enemigo que me pueda vencer? No existe...

A veces decía en alta voz lo que siempre se repetía para sus adentros, a sí mismo.

Iba un día por las afueras de la ciudad, cuando se encontró con una vieja.

—¿Quién eres?—le preguntó la vieja, sorprendida al ver un hombre tan fuerte y orgulloso.

—¿Quién soy?... Ray-Pay.

—¿Quién es Ray-Pay?

—¿No sabes quién es Ray-Pay? ¿En dónde vives, vieja, que no has oído hablar de mí?

—No me importan las cosas del mundo—respondió la vieja, por toda contestación, encogiéndose de hombros...

—Pues soy Ray-Pay, el Vencedor.

—El Vencedor... ¿El Vencedor o el Invencible?

—El Vencedor y el Invencible—contestó con altanería el caudillo—. No hay en la tierra quien me pueda vencer. ¿Dónde está el enemigo que pueda vencerme?

—Allí...—dijo la vieja—. Y señalaba con el dedo una cabaña puntiaguda recubierta con hojas de plátano.

Ray-Pay era valeroso y arrogante; así, que no titubeó ni un momento y se fué derecho a la cabaña en busca del enemigo temible.

No había nadie.

Llamó, miró... No había nadie.

—Estará fuera—se dijo—. Y se sentó a esperar en un tocón de palmera que había en el interior de la cabaña.

Al cabo de un rato de espera le pareció notar ruido, como de algo que se rebullera en un rincón. Se acercó para ver y se encontró con un chiquillo de un año o poco menos que estaba tumbado en el suelo, sobre una esterilla, y en el que Ray-Pay no había reparado al entrar, cegado, sin duda, por la luz de afuera.

—¡Hola, hola, barbián!—dijo Ray-Pay, arrodillándose



en el suelo—. ¿Quién eres tú, vamos a ver? ¿Será tu padre el Invencible?...

El niño se había quedado inmóvil, mirando al intruso con ojos muy abiertos.

Ray-Pay le hizo una carantoña en un moñete, riendo al chico. También éste pareció sonreír, y dijo:

—¡Go!...

Le hizo gracia al guerrero aquello de que el chico se riera con él, y sentándose en el suelo:

—Ven acá... Ven...—le dijo, haciéndole con las manos señas de acogimiento.

El chico se quedó serio y parado.

—Ven... ven... ven...—dijo Ray-Pay, aflautando la voz.

Quieto el chico, ni fué ni dijo nada.

—¿Qué, no te atreves?

El chico ni contestó ni se movió.

—¿Me tienes miedo?

No parecía tenerle mucho miedo, que digamos, porque no daba señales de la menor preocupación. Tumbado panza arriba, se entretenía en trenzar los pies regordetes y echar por alto las piernas, con aire torpe y satisfecho de gordinflón. En rigor, ni tenía miedo al visitante ni se lo dejaba de tener: aplicado en chu-

par, masostrar y manosear un pedazo de «palo dulce», no se ocupaba de la visita para nada.

—¿Qué... sabe bueno?—preguntó Ray-Pay, volviendo a su propósito de congraciarse con el chico.

Bueno debía estar, porque se chupaba mano y palo a la vez, todo junto, y soltaba de vez en vez un «go» gargarizado, señal de aprobación.

Pero el chico ni se movió ni dijo nada; sólo cuando Ray-Pay le preguntó: «¿Me das un poco?», el chico frunció el ceño.

Ray-Pay era tozudo. Acostumbrado a mandar y a vencer cuanto se le oponía, comenzaba a sentir cierto empeño en que el chico no se saliera con la suya.

—¿Por qué no vienes?... ¿Me tienes miedo?

—No.

El chico dijo un «no» redondo y claro.

—¡Ah, caramba!... Luego sabes hablar, ¿eh?... Bueno, bueno... ¿Y no quieres venir?

—No.

—¿Que no?... ¡Sí, hombre! Ya lo creo...

—No.

—Ya verás cómo sí; mira, te doy esto...

Le enseñaba la piedra azul de un brazalete que le ajustaba el antebrazo.

Y el chico, para colmo, dió media vuelta, con indiferencia mortificante, y siguió chupando el palo, vuelto de espaldas a Ray-Pay.

—Mira, niño: ¡tengamos la fiesta en paz! ¡Ven, te digo!...

Silencio.

—¿Que no vienes?... Ahora verás si vienes.

Y fué a cogerle, airado; pero dió un respingo y se detuvo, porque — ¡¡¡Guááá!!! — soltó el mozo un berri-do tan de pronto, que Ray-Pay se sobresaltó de susto, de sorpresa y de alarma; fué como si estallara y se le saliese el aire, rugiendo, por las grietas.

En cuanto se repuso Ray-Pay de la sorpresa, insistió y agarró al chico sin que le valieran chillidos ni protestas. Le agarró por los brazos, quisiera que no; le sujetó más y más firme cuanto más forcejeaba el fierecilla, y por más que subían de punto los berridos:

—¡Gua!... ¡¡Gua!... ¡¡¡Gua!!!!

Ray-Pay, encarándose con él, rugió más todavía:

—No hay «gua» que valga, ¿sabes?... Conmigo mañás,



¡no!... También yo sé chillar, ¿te enteras?... Y a mí no hay quien me pueda, ¿te enteras?... ¡Gua!... ¡¡Gua!!!!

Así, cara a cara, estuvieron soltándose uno a otro los «gua, gua», como si se mordiesen.

Sólo que el chico, en vez de amedrentarse, le dió en

la barbilla un puntapié que le hizo morderse la lengua. ¡Maldito crío!... Le zarandeó, le apretujó... Pero ¡que si quieres!; nada. Trabajaba con el chico más que si estuviera luchando con diez hombres. Para sujetarle las piernas tenía que soltarle los brazos, y en cuanto le soltaba los brazos le restregaba el otro el palo por la cara, llenándole de babas y de pringue y amenazándole con meterle un dedo en un ojo...

Ray-Pay no podía más... —¡Que te doy unos buenos azotes, niño!... ¡Que te los doy!... ¡Que te los doy!...

Y tuvo, al fin, que dárselos. Fuera de sus casillas, enrabietado y sudando por el trajinar de aquella sabandija que se le retorcia y se le escapaba de entre las manos, le volvió sobre las rodillas, boca abajo, y... ¡venga!... dió con toda su alma...

Pataleo, forcejeo, berrinche. Pero Ray-Pay, a cada protesta, ¡nueva tanda de azotes!

Fué horrrisono aquello. Rugía el energúmeno del mozo como el león, como el trueno, como el terremoto.

Acabó por ponerse ronco y galliparse y rechinar en el paroxismo de la perra.

—Así... así... así...—decía Ray-Pay, dando un azote a cada palabra y apretando de firme, para reducir a la fiera.

Ray-Pay, sin embargo, se paró de pronto y miró hacia la puerta, avergonzado. «¿Qué diría de mí el Invenible—pensó Ray-Pay—si entra y ve que me estoy ensañando con una criatura?...

El chico, exhausto ya, no pudiendo rugir, cambió de sistema, y agarrando un tonillo gangoso y chinchorrero de salmodia, se estuvo así, sosteniendo el soniquete horas y horas... Ni sacudidas, ni amenazas, ni promesas; ni tajarle la boca, ni amenazarle con un golpe contra el suelo... el gruñido de nariz, falso y en falso, como una trompetilla de feria, siguió dale que dale, cargante, impertinente, incesante, desesperante... incommovible.

Ray-Pay llegó a la rabia, a la desesperación, a no saber ya si reventar al nene aquel o si embestir él mismo y abrirse la cabeza contra un tronco.

—¿Dónde está tu papá, niño? Verás tú si él me las paga...

Salió con el chico al bosque, recorrió la selva por el

rio, por el monte, por el llano... Volvió a la cabaña y volvió a patear de un lado para otro... Nadie...

¿No tendría a nadie aquel muchacho?... ¿Le habrían abandonado sus padres?... ¿Habrían muerto en la selva o en el río?...

Miró al chico, que estaba desde hacía un momento callado, y—¡gracias a Dios!—se había dormido, sin que Ray-Pay se diera cuenta, de tal modo tenía en los oídos y en los sesos el sonsonete gangoso de la criaturita.

Suspiró aliviado, y pareció que el vientecillo le despejaba la frente y le quitaba una pesadilla del espíritu. Pudo pensar... Pudo darse cuenta de la situación... La noche se acercaba... ¿Cómo dejar al chico, sin saber si sus padres no vendrían?... Era ya imposible que sus padres no estuvieran de vuelta.

Ni siquiera se atrevía a soltarle en el suelo, no fuera que se despertase y volviese a la cantinela y al lloro.

Por eso Ray-Pay cedió, por primera vez, su voluntad y esperó y esperó, con el chico en brazos...

Manuel ABRIL

Dibujos de BARTOLOZZI.

EL PELIGRO DE VIVIR

CON EL ALMA EN UN HILO

NACE un chiquitín, y cuando ya se ve en este mundo, seguramente que piensa satisfecho: «¡Ea, ya me colé! Ahora, a ver qué pasa.»

¡Pobrecillo! No sabe que le habrá sido muy difícil ser clasificado entre los vivos; pero que le va a ser mucho, muchísimo más, sostenerse en tal categoría. Porque, ¡caballeros, hay que ver el proplemita que es preciso resolver para llegar a la noche diaria y meterse en la cama, diciendo: ¡Vaya, por hoy me he salvado de atropellos, hundimientos y cogotazos!

Antes, la familia despedía sin temor al jefe, cuando éste se marchaba a la oficina en busca del alimento para todos, y hasta solía decir con acento sincero: ¡Pobrecillo Bernabé! ¡Qué bueno es! Pero me alegro que se marche y nos deje tranquilos durante unas horas, sin hablárnos de su enfermedad al hígado.

Ahora es distinto; ahora sale Bernabé, pongamos por ciudadano pacífico y fiel cumplidor de sus deberes, y todos se asoman al balcón a despedirle, como si se fuese a un viaje de exploración por el centro de África.

—Mirale, qué bien marcha. —¡Y con qué gracia lleva el frégoli inclinado sobre la ceja izquierda! ¡Pobrecillo!

—Mujer, no le hagas mal de ojo. Puede que no entre en ninguna parte que se hunda hoy.

—Es que, a lo mejor, o a lo peor, pasa por la calle de Alcalá y nos quedamos sin él y hasta muere sin confesión.

Eso es lo que nos está ocurriendo casi diariamente, y la verdad es que no existe medio alguno para evitarlo. Se toma, por ejemplo, un automóvil, y cuando se va cómodamente sentado en él y pensando que los propios Reyes Católicos eran, a pesar de su grandeza, unos verdaderos infelices que no conocieron semejante medio de locomoción, el auto hace un rápido viraje, tropieza con un guardia que está plantado al borde de la acera, y ¡zas! el ocupante del vehículo sale proyectado, y como si fuese una carta que se echa al buzón, penetra por la ventana de un café y cae sobre una tertulia que está discutiendo si Granero vale o no más que Ramón y Cajal.

—¡Caray, amigo! ¿Adónde se va?

El intruso se repone un poco, recoge el sombrero, se alisa el pelo y, correctamente, dice:

—Señores, ustedes dispensen, que mi

propósito no era el de perturbarles. Ha sido el auto.

Entonces se acerca el camarero, y pregunta todo solícito:

—¿El señor quiere café?

—Prefiero árnica.

En constante zozobra y peligro nos pasamos el día entero, y siempre que salimos a la calle lo hacemos con el temor de que no volveremos a ver a los seres queridos.

—Vaya, esposa; voy a ver a tu tía Ramona, que ayer rodó por la escalera de su casa.

—¡Pobre tía! Iría haciendo alguna imprudencia.

—¡Mujer, no digas tonterías! ¡A ver si te crees que a los cincuenta y siete años iba a bajar montada en la barandilla, como hacen los chicos traviesos! Ella salió tranquilamente de su piso, para ir a casa del dentista, porque quiere tener bien arreglada la dentadura para asistir a una comida, y al llegar al principal, ¡zas!, la escalera que se hunde y ella que se precipita en el portal. Menos mal que la portera tenía ya la escama de que iba a ocurrir algo de eso el día menos pensado y había extendido unos colchones, que si no, se mata.

—Anda con Dios, y tú ten cuidado.

—Se hará lo que se pueda; pero, mientras tanto y por si acaso, he aquí mi testamento.

—Pero tú crees...

—Hay que pensar en todo. En la mesa de mi despacho queda dinero para que acabéis el mes. Al niño no le contraríes en la carrera que quiera seguir; pero oponte a que se haga del marqués de Alhucemas; y a ti, nada te digo, sino que me perdones si en algo te he contrariado durante nuestros años de matrimonio. Vaya, abur. Hasta luego o hasta el valle de Josafat, en el que procuraré ponerme, según se entra, a mano derecha, para que puedas encontrarme.

Dicho lo anterior, a la calle y a sortear los peligros que en ella esperan a todo osado que se lanza por sus aceras. A medida que va avanzando el día y vemos que vamos librando el pellejo, el gozo nos invade y concluimos por abrigar la esperanza de que saldremos con bien, tanto, que cuando ya estamos cerca del domicilio, penetramos en una pastelería y adquirimos unas cuantas golosinas para celebrar el feliz suceso. Pero, ¡ay!, al llegar al portal, un trozo enorme de cornisa se desprende sobre nuestra propia cabeza.

—¡Estaba de Dios!—murmuramos, y nos dejamos caer al suelo, aplastando el paquete en que llevábamos los dulces.

Y resignados morimos, pasando a la sección de sucesos de los periódicos.

A. R. BONNAT

IMPRESIONES DE UN LECTOR

UN LIBRO SOBRE SANTA TERESA

EL Sr. Salaverría ha publicado una monografía sobre Santa Teresa de Jesús. Yo agradezco tanto más a ese ardoroso polemista la amabilidad del ejemplar que me dedica, cuanto que mi espíritu ha estado siempre en honda divergencia con el suyo. Por ello he leído sin prejuicios ese libro sobre la doctora de Avila.

¿Fué el misticismo español un producto del medio geográfico y del histórico? Prescindamos ahora de las disquisiciones sobre el valor de la estepa castellana como visión impulsora de las contemplaciones intensas y fecundas. Lo que no creo es que la España de los Austrias ofreciese al alma una incitación mística. Por el contrario, creo que el misticismo y la sátira, movimientos inversos, fueron los únicos refugios de protesta en el violento y forzado unitarismo espiritual de aquellos tiempos. Véase cómo la persecución coronó y consagró, para darles autenticidad, a todos los verdaderos místicos de la época. No olvidemos que suele confundirse el misticismo con el ascetismo. No es igual hablar de Dios que hablar con Dios, en íntima y arrebatadora unión. Así, Fray Luis de Granada, por ejemplo, no fué un místico, aunque por tal suele contarse en las clasificaciones usuales.

La mística española tuvo dos fuentes: la semítica y la platónica; aunque en rigor las dos se funden en los orígenes medievales del misticismo, aportado a España por los árabes imbuidos de la cultura alejandrina. Ramón Lull, seguramente el ejemplar más puro de nuestros místicos, al combatir el neoaristotelismo de Averroes, lo hacía inconscientemente, en nombre del neoplatonismo alejandrino que otros escritores árabes y judíos le habían comunicado.

En la España de los siglos de oro, los dos tipos de misticismo persisten bien diferenciados; el de origen semítico tiene por modelo y arquetipo el Cantar de los Cantares; viene a ser una exégesis masorética de ese libro, abanicándose a la infinita gama de sus interpretaciones esotéricas. San Juan de la Cruz es el más alto representante de esa modalidad; su obra es una segunda plasmación poética de aquel inmortal epitalmio; una versión a lo divino del excelso canto amoroso. Fray Luis de León, aunque participa también de esa forma mis-

tica, representa, por excelencia, el misticismo platónico.

Pero Teresa de Jesús podría representar otra herencia, mística a su manera: la versión a lo divino del amor trovadoresco, o mejor, troveresco. La escuela trovadoresca, tan retórica en sus orígenes, había llegado, en el siglo XV, a producir una generación de exégetas sutiles del amor, torturadores del sentimiento, para conseguir adaptarlo a la expresión imposible del amor divinizado. Por otra parte, la escuela de los trovadores, más sentimental y exaltada que la de Provenza, había vertido en los libros de caballería el tesoro olvidado de sus antiguas gestas, en que el Amor y la muerte se unían en trágico símbolo, como en el filtro de Brangania. Y en esa tradición formó su espíritu Teresa de Jesús. El amor, en la poetización trovadoresca, había recobrado su naturaleza de Dios. En cambio, por la visión de Teresa, Dios se identificó con el Amor. Y así como la prueba más alta y más honda del amor mundano era la aceptación gozosa del sacrificio, así también la mortificación propia y el dolor fueron exaltados hasta el deliquio como ofrenda del alma al amor de Dios. La misma influencia educativa de la fe cristiana infiltraba la idea del dolor y de la muerte como rescate agradable a Dios. La palabra Pasión, tan esencialmente poética y amorosa, base de toda tragedia y de toda lírica, tenía un sentido divino que fluctuaba entre la tierra y el cielo. No de otra manera, ya en la *Vita Nuova* y en el *Paradiso*, el amor de la mujer se había transfigurado en símbolo teológico; y así como el comunio místico de Teresa con Jesús fué la depuración de un amor caballeresco, el culto a la Virgen, por oposición a la rígida interpretación protestante, era la divina idealización de la Mujer, un grado más en la escala de valores cuyo antecedente más próximo fué la Beatriz dantesca.

Teresa de Jesús, lectora apasionada de libros de caballería, pasó a ser la fervorosa exégeta de aquel amor sin límites, transportado a las enajenaciones del espíritu. Así como otros edificaban sus fantasías sobre las imágenes salomónicas, impregnadas del sahumerio de antiguos sacrificios, ella legó a la inmortalidad, como propios, los cantares trovadorescos de las cortes poéticas, como las trovas del comendador Escrivá llamando a la Muerte, anheloso del placar de morir.

El principal defecto del libro de Salaverría está en su tono apologético. Es

señalo que el autor es un panegirista imitable de la dorada tradición española. No extrañará, pues, que yo no pueda compartir sus juicios reiterados sobre los conquistadores de América, que a mí me han parecido siempre simplemente odiosos, pese a todas las afectadas paradojas de la Historia oficial. En el margen de las páginas de ese libro he ido consignando mis divergencias, que atañen sobre todo a nuestra respectiva posición espiritual ante la realidad española. Así, por ejemplo, bien a la inversa de lo afirmado por el señor Salaverría en la página 85 sobre la consubstancialidad del cristianismo con nuestra raza, yo creo que sólo por el culto y las apariencias rituales es cristiana nuestra multitud, que desconoce las esencias evangélicas.

Es verdad que el misticismo teresiano era, como cree el autor, falta de apetencia y curiosidad científica, a diferencia del de Fray Luis de León, por ejemplo. Pero el origen de todo misticismo, aun siendo de naturaleza sensitiva o estética, es un impulso del alma hacia lo «desconocido», hacia el «Misterio», como nos indica la propia ideología de la palabra *místico*; un ímpetu, un vuelo hacia los manantiales ignotos (en que se confunden el conocer y el sentir. Por lo demás, recuérdese el doble sentido originario de la palabra *conocer*, a un tiempo ideológico y sexual.

En cuanto a los fenómenos de levitación de la Santa, que el autor comenta en la página 148, nuestra negación no se refiere a la subjetividad de los mismos, tan comunes en el fakirismo indostánico. Se refiere, naturalmente, a la objetividad.

El mejor capítulo de la obra, para mí, es el titulado *La Caridad*. La gradación que establece entre los hombres ante el dolor, desde el egoísmo brutal hasta el placer del sufrimiento, es exacta y justa.

En cuanto a las reflexiones del capítulo final, sobre la crisis religiosa contemporánea, algo tendría que objetar a ellas. Estoy conforme con la afirmación de la actitud perpleja y vacilante del catolicismo ante la gran guerra europea. Pero, en cambio, no puedo admitir que la Restauración de 1815, tan friamente materialista, fuese un renacimiento cristiano. El romanticismo, que entonces tomó sus vuelos, fué la persistencia latente del espíritu revolucionario. Y a

pesar de la influencia del siglo XVIII en la Revolución, no es difícil descubrir en los principios libertadores, igualitarios y fraternitarios la semilla cristiana, tan evidente asimismo en las actuales reivindicaciones proletarias. Yo creo que las apariencias nominales de las cosas envuelven, muchas veces, oposiciones totales entre los conceptos y las verdaderas esencias...

Perdóneme ahora el autor unas divergencias puramente léxicas: en la página 71 interpreta como una burla amistosa de Santa Teresa a San Juan de la Cruz este pasaje: «Hable vuestra merced a ese padre, suplicósele, y favorezca en este negocio, que aunque es chico, entiendo es grande en los ojos de Dios.» Para mí, el calificativo de *chico* no se refiere al santo, sino al negocio. Tampoco me parece bien la acepción de la palabra *abolengo* como adjetivo (*dama abolenga*), ni menos todavía la forma femenina *hijodalga*, que en todo caso sería *hijadclgo*, como se formó el plural *hijosdalgo*. No así la palabra contracta *hidalgo*, que admite el femenino *hidalga*, por ser contracción, como admite el plural *hidalgos*.

Pero estas son pequeñeces sin importancia que no amenguan el indudable valor de este libro, verdadera ofrenda de culto, a la vez literario y religioso, a la Santa de Avila.

Gabriel ALOMAR

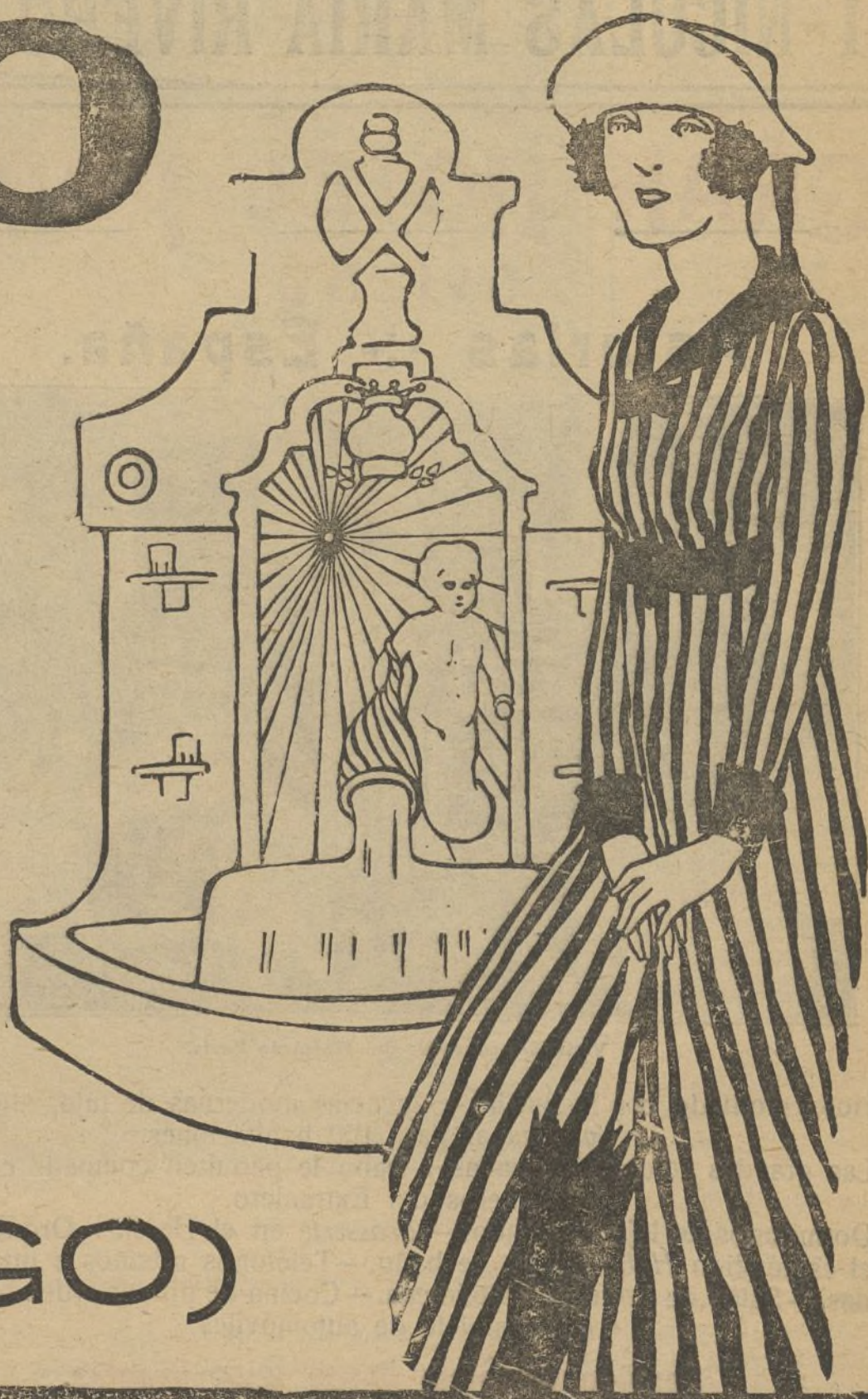


AGUAS DEL INCIO

análogas a las tan célebres de Spa, Bagnères de Bigorre, Pyrmont, etc.

Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso

Bóveda (LUGO)





**LOS PRODUCTOS
DE LA
FÁBRICA DE RELOJES
DE
C. COPPEL**
MADRID-FUENCARRAL, 27
REUNEN LAS CUALIDADES DE
EXACTITUD, SOLIDEZ Y ELEGANCIA
*Certificado de garantía
con cada reloj*

¡EUREKA!!
siempre será el mejor calzado
11-NICOLÁS MARÍA RIVERO-11

GRAN HOTEL PARÍS
OVIEDO
Asturias - España.



Vista del comedor del Hotel de Paris.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.
Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.
Dormitorios de lujo inusitado. — Brasserie en el Hotel. — Orquesta en el espléndido Hall. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

= D. Manuel del Valle Díaz. =

CALLOS

Las terribles molestias de los pies, callos y durezas, desaparecen completamente usando sólo tres días el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

No falla en un solo caso. Pregunte a cuantos le han usado y oirá usted maravillas.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO
PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



A. E. G. Ibérica de Electricidad. S. A.
Dirección-Madrid: Nicolás María Rivero, 8 y 10.
Sucursales: Madrid. — Barcelona.
Bilbao. — Gijón. — Sevilla. — Valencia.
Zaragoza.



Grandes existencias recibidas recientemente de Alemania en

ELECTRO-MOTORES

de corriente continua y alterna trifásica.

SUMINISTRO INMEDIATO



Las selectas producciones que se impondrán esta temporada por sus finos argumentos, lujosa presentación e irreprochable conjunto pertenecen al

PROGRAMA VERDAGUER

para el que trabajan los mejores artistas del mundo entero.

Sucursal: Plaza del Progreso, 5.—MADRID
Casa central: Rambla de Cataluña, 23.—BARCELONA